

LA TARDE DE LOS ÁRBOLES

ACTA DE LAS TRES SESIONES DE TRABAJO EXPRESIVO EN EL CENTRO SOCIAL DE MAYORES DE ARCHENA

A los alumnos/as más “jóvenes” que nunca he tenido.

Su trabajo sobre el árbol era distinto del resto de los trabajos de los demás compañeros. “Mi árbol es un ficus —decía Ana—. Un ficus de gran tamaño que he estado cuidando durante siete años, y que ahora está enorme”. Ana Soriano era la decana del grupo. Tenía cumplidos los ochenta y dos años, aunque no los aparentaba, y no había faltado a ninguna de las tres sesiones del taller de expresión plástica. Todos los días llegaba muy puntual y muy arreglada. Se le veía una mujer prudente y reservada (ventajas de la edad); una mujer que, entre otras cualidades, sabía escuchar. Pero que cuando hacía algún comentario sobre alguno de los trabajos o cuando se dirigía al grupo, se expresaba con total claridad y contundencia, haciendo gala de ese acento típicamente jumillano, que a mí me resultaba familiar por razones laborales.

Ana —al igual que el resto de personas que formaban el grupo de alumnos/as más extraordinario que nunca he tenido — había decidido dedicar un par de horas de los martes por la tarde a la práctica de la pintura. Y como los demás compañeros y compañeras del taller, ese día se había lanzado “en picado” a experimentar la actividad que yo les había propuesto: *Hoy vamos a trabajar con las ceras blandas. Es un material que, a lo mejor, os puede parecer un poco escolar —ya sabéis que vuestros nietos las suelen utilizar en la escuela para hacer sus trabajos—; pero no es un material infantil, qué va. Sobre todo, si se saben utilizar de manera adecuada. Muchos pintores las emplean para realizar sus bocetos, especialmente cuando salen al aire libre, a la naturaleza, para trabajar apuntes del paisaje al natural. Nosotros, hoy, las vamos a utilizar para pintar un tema figurativo. Figurativo quiere decir que hoy, a diferencia de los días anteriores en los que hemos hecho un tipo de obras abstractas, vamos a tratar de representar un tema: un árbol. Pero un árbol muy especial. Un árbol que vosotros vais a tratar de ver en vuestro interior, mientras que yo os dirijo una especie de visualización.*

Antes de hacer la visualización, les expliqué algunas de las propiedades más importantes de las ceras blandas: cómo se mezclan, cómo se relacionan unos colores con otros, cómo se pueden utilizar indistintamente para dibujar o pintar, o cómo se difuminan... Luego, tras la breve explicación, les di un par de consejos (trucos de oficio): *Quiero que el árbol que vayáis a pintar lo realicéis en un formato grande, lo más grande que os permita la cartulina que vamos a emplear como soporte. Y si no es imprescindible, procurad no dejar los fondos de la cartulina en blanco. Vamos a experimentar con las ceras; vamos a investigar las posibilidades plásticas de este material tan simple. El resto..., es cosa vuestra.*

Esa tarde —le llamaremos *la tarde de los árboles*—, tuvimos que trabajar en la biblioteca del centro. Nuestro espacio, nuestro pequeño taller de las dos tardes anteriores, estaba ocupada por las bordadoras (cosas de las fiestas patronales). Tuvimos que despejar de las mesas de la biblioteca los tableros de ajedrez y las revistas. Colocamos las mesas ovaladas en hilera y las protegimos con papel de envolver, para no manchar. Y aunque quedaba un poco justo el espacio para un grupo de diez o doce personas, pudimos realizar la sesión de taller sin mayores dificultades. Después de mostrarles algunas características de las ceras, sobre una de las cartulinas, invité a los componentes del grupo a cerrar los ojos y a tratar de visualizar, en su interior, el árbol que ellos habían elegido previamente. Ana no cerró los ojos, porque tenía muy claro, desde el principio, el árbol que iba a elegir, y porque se lo conocía muy bien (siete años de cuidados, decía). Les hice un breve recorrido por algunos detalles del árbol, tratando de que centraran la atención en sus cualidades visuales: *¿Cómo es el tronco del árbol elegido? ¿Es grande? ¿Es rugoso? ¿Qué colores tiene? ¿Cómo se une el tronco a la tierra que sustenta el árbol? ¿De qué color es la tierra? ¿Se ven las raíces del árbol? ¿Cómo es su copa? ¿Cómo son sus ramas y sus hojas? ¿Tiene frutos vuestro árbol? ¿Tiene flores? ¿De qué colores son las hojas, los frutos o las flores? ¿Es alto el árbol o es más ancho que alto? ¿Dónde está situado? Echad una mirada alrededor del árbol. ¿Y el cielo? ¿Cómo está el día? ¿Y la luz? ¿En que estación del año trataríais de representar vuestro árbol?* —después de unos segundos de silencio, añadí— *Ahora, antes de abrir los ojos, tratad de guardar la imagen de*

vuestro árbol en la memoria, como si le echarais una foto desde la distancia.

Al principio, la dificultad de enfrentarse a una cartulina blanca, el hecho de tener que hacer unos simples trazos previos sobre el soporte (un dibujo muy sencillo, sin ayuda de lápiz), y los lógicos temores sobre sus capacidades, para tratar de plasmar las imágenes interiores que cada uno de ellos había estado visualizando, condicionaron el arranque de la actividad. Pero a los cinco minutos, una vez que la música suave había inundado la sala de trabajo, y una vez superadas las primeras dudas, las líneas y las manchas de color comenzaron a delimitar los espacios vírgenes de las cartulinas.

Ana se dedicó, en un principio, a dibujar con las ceras (como los demás miembros del grupo). Dibujó un tronco delgado y alto, con unos trazos inseguros, casi impresionistas. Del tronco estirado —porque el ficus había crecido, y de qué manera—, salían en ramillete una serie de ramas verdosas, que se extendían, dispersas, como las varillas de un abanico desplegado. En cada una de las ramas colocó algunas hojas (pocas). “El ficus —me comentó Ana, en privado— es de hojas medianas”. Después, tras dejar el dibujo planteado en el centro de la cartulina, pero escorado hacia el lado izquierdo, comenzó a decorar el interior del tronco con varios colores, como a ella le gustaba hacer: mezclando con suavidad los matices verdes con los amarillos y marrones, pero sin atreverse a difuminarlos todavía. Por último, alrededor de las ramas y las hojas, y siguiendo la dirección curvada de la copa del árbol, construyó media esfera azul (una especie de casco envolvente, al estilo de las bóvedas románicas), para proteger su árbol. Era el cielo. Su cielo.

Mientras que Ana se las “entendía” con la representación de su ficus de hoja mediana, yo estuve atendiendo un rato a los demás componentes del grupo. Y como suele ocurrir en casi todos los grupos, algunos de ellos/as apenas necesitaron de mis orientaciones; pero otros, sin embargo, solicitaron mis comentarios de aprobación o mis consejos sobre cada una de las acciones novedosas que iban incorporando a su pintura. Además, para superar los miedos iniciales, yo les iba incitando a no extender solamente un único color de cera en cada una de las manchas. Al contrario, les aconsejaba personalizar los colores: *al azul de los cielos hay que añadirle blanco, y hay que mezclar las*

ceras sobre la cartulina, con un trapo o con el dedo; al verde, hay que añadirle un poco de amarillo, para darle algo de luz; y para conseguir un color tierra, como los colores de las tierras de nuestra región, os interesa mezclar “a tres bandas” el ocre, el amarillo y un poco de blanco... Y difuminar, restregar con el dedo, o con un poco de papel. Y mejor aún, si mojáis el trapo con una gota de aguarrás.

Ana esperó prudentemente a que yo estuviera menos ocupado. Mi miró con sus ojos grandes, solicitando una opinión. Observé su pintura con atención, tratando de encontrar, mientras miraba, las palabras adecuadas para invitarle a cubrir de color los espacios que había dejado en blanco (quizá excesivos). Lo primero que se me ocurrió fue indicarle que ampliara la cúpula azul celeste, y al hacerlo, la invité a añadir algún otro color al cielo mediante la técnica del restregado: le quité el papel protector a una de las ceras, y restregué la barra acostada por el papel de envolver que protegía la mesa, para que viera el efecto. No tuve que indicarle más. Ana extendió el cielo hasta los límites que le permitía el perímetro de la cartulina, pero llevó cuidado de dejar un listoncillo blanco de dos centímetros sin pintar (como hubiera hecho Mark Rothko). Luego le indiqué que los dos espacios laterales estaban pidiendo “guerra”: *yo creo — le dije— que en ese espacio te interesa extender algo de cera, varios colores. Y luego, mezcla, difumina. ¡A ver qué pasa!*

Eso de mezclar colores se le daba muy bien a Ana, porque en la segunda sesión del taller —que estuvo dedicada al estudio sistemático de las mezclas de colores primarios y a la obtención de tonalidades diversas por mezclas de tres o más colores— realizó una especie de vidriera “a lo Paul Klee”, sin ningún temor y con mucha decisión: mezclando en húmedo sobre el soporte, añadiendo materia sin miedo al fracaso, y obteniendo colores terciarios con toda la fuerza y la seguridad que otorga una vida completa (vvida plenamente) de ochenta y dos años.

De nuevo tuve que acudir en ayuda de algunos de sus compañeros. Las cartulinas habían comenzado a cubrirse de formas y colores diferentes; y además de las representaciones de los diversos árboles visualizados, también aparecieron los entornos respectivos: al almendro de Encarna le salieron las

flores, porque así lo quería representar su autora, y las flores debían ser blancas en los pétalos exteriores y un poco marrones o rosas en el interior; a los albaricoqueros, “albercoques”, mitad amarillentos y mitad rojos; a los olivos, olivas de cuquillo; y a la palmera de una de las jóvenes del voluntariado, hojas afiladas que se abrían como una explosión de brazos hacia el cielo. Los cielos, sin embargo, fueron un reto para todos ellos/as, porque una vez plasmadas sobre el papel las ramas y las hojas de los diferentes árboles, el hecho de incluir algunas manchas azuladas en los espacios intermedios, se convirtió en un experimento arriesgado.

Con la suficiencia que otorgaba el tiempo transcurrido de la tercera sesión, porque el tiempo y la concentración en la tarea solucionan muchas incertidumbres, la inseguridad de los primeros trazos había desaparecido. Pero en el proceso de la creación plástica, cada nueva acción, cada nueva mancha, supone un nuevo desafío para el autor/a. Porque las obras plásticas, llegado un momento, se convierten en las auténticas protagonistas del experimento. Les exigen soluciones a sus creadores, y les piden que se impliquen personalmente; y a la larga, las propias obras acaban por independizarse, interrogándoles sobre ese misterioso y apasionante proceso, que transforma y modifica la primitiva imagen mental del motivo elegido en una imagen autónoma. ¿Y qué fue, entonces, de la imagen interna del árbol primero que habían visualizado? ¿Estaban pintando un árbol, como hizo Ibarrola hace años en el bosque de Oma, o estaban componiendo una pintura independiente del árbol visualizado que, conforme crecía, iba adquiriendo una mayor independencia?

Esas son las preguntas que nos hacemos la mayoría de pintores cuando operamos en el taller. Y ellos/as, que llevaban tan sólo tres sesiones de trabajo creativo, ya estaban formulándose las mismas preguntas que los artistas más adelantados. Pero Ana, más callada —quizá más sabia—, me volvía a interrogar de nuevo sobre su obra. ¡Impresionante! Aquella pintura realizada con las ceras blandas, había tomado una presencia tan intensa que, en comparación con el resto de cartulinas de los demás componentes del grupo, más realistas, o más impresionistas, marcaba una tendencia innovadora: el color, la forma y la textura de aquel cuadro (¿por qué no?), la misma

composición de su obra, eran una invitación para contemplar el mundo de otra manera; para sentirlo de otra forma. Su obra nos provocaba. Nos invitaba a compartir un significado menos evidente, a la manera en que lo hacen las obras de los grandes creadores (los que se han atrevido a romper, en un momento determinado, con los códigos establecidos).

Le hablé a Ana de Edward Munch, y de los paisajes escandinavos que había pintado, viviendo y pintando como un primitivo. Y le dije que un día le iba a traer un catálogo de las obras de ese pintor, para que las viera. Pero observando la cartulina con detenimiento, me di cuenta de que aún le quedaba un fragmento de cartulina en el que podía seguir mezclando colores. Y entre Ana (la joven del voluntariado que nos ayudaba, su nieta) y yo, la invitamos a que terminara la faena.

Lo mismo que nos había pasado en las dos tardes anteriores, ese martes, el reloj, implacablemente, comenzó a ganarnos la batalla. La primera tarde, cuando comenzamos el trabajo experimental con el grupo, les propuse jugar con la pintura plástica (la pintura comercial al agua), y les hablé de los “campos de color”. Les dije que, a mediados del siglo pasado, un grupo de artistas americanos y europeos habían realizado una serie de obras en las que la materia, la pintura, el color y la misma acción de pintar eran los auténticos protagonistas de la expresión; y les dije que la crítica los llamó “expresionistas abstractos” o “informalistas”. Luego les indiqué algunas características de los colores; y les expliqué, además, las mezclas básicas de los tres colores primarios; y les mostré algunos de los diferentes instrumentos que podíamos utilizar para manchar, para extender o restregar la materia (ese día, los rodillos, las bochas planas y las rasquetas). Y les dije que cada uno de ellos/as debía de hacer, por lo menos, un par de cartones: uno para un “campo de color” naranja, y otro para el “campo de color” verde.

Previamente, antes de abrir los botes de pintura y de mancharnos las manos, cada uno de ellos/as fue exponiendo al grupo sus experiencias previas con la pintura: no había experiencias previas. O sí, pero sólo en algunos casos: el recuerdo del olor de las pinturas comerciales (lo que nos contó Josefa, que se había criado bajo la influencia de los talleres de su padre, pintor decorador). O la simple decoración doméstica de algunas puertas y ventanas, en el caso de

varios de ellos/as. Los escuché con muchísima atención. Y después, como si el mundo se hubiera vuelto un poco más loco, más atrevido, les dije que íbamos a realizar un par de cuadros abstractos; que íbamos a entrar en la pintura por la “puerta grande” del expresionismo abstracto, como los valientes: “Vamos a jugar, a experimentar, a disfrutar de la pintura; de su olor, de su textura, de su capacidad para recibir el agua y diluirse sobre el cartón. Sin temores.” Y como en la antigua canción de Sabina, se nos hicieron las siete con los divertidos experimentos expresionistas. Porque lo que había sido extrañeza y desconfianza al principio, al entrar en calor, al imponerse a las limitaciones de los materiales y herramientas, se convirtió en una sorpresa agradable. Y como había que terminar, y había que recoger los instrumentos y lavar los rodillos y dejar que se secaran nuestras obras, nos apresuramos con la tarea. Pero antes, antes de marcharnos del taller, tomamos de nuevo la palabra para comunicarnos (los unos a los otros) las sensaciones que habían vivido.

El segundo día —ya lo he mencionado— lo dedicamos a las mezclas de colores terciarios (mezclando en parcela pequeñas dos colores primarios más blanco o negro). Lo hicimos dividiendo el soporte, con cinta aislante, en una serie de cuadraditos, como si el espacio rectangular de la cartulina se hubiera transformado en una vidriera. Pero nos pasó lo mismo: el tiempo nos ganó el pulso. Y algunas de las composiciones realizadas tuvieron que quedarse a medio, a falta de volver a “reparar” las líneas divisorias de los cuadrados, para que el blanco o el negro de las cintas aislantes hicieran resaltar los colores fabricados.

Y el tercer día, *el día de los árboles*, el día en que dejamos aparcada la pintura plástica dentro de los botes, para explorar las posibilidades de las ceras blandas, de nuevo el reloj nos martirizó con su avance: se nos hicieron las siete menos cuarto, sin apenas darnos cuenta, y había que hablar un poco y volver a recolocar las cosas de la biblioteca. Varios componentes del grupo no pudieron finalizar sus obras. Pero Ana Soriano, la jumillana afincada en Archena, por esos avatares de la vida, si que tenía su cartulina acabada y dispuesta a que sirviera de elemento de mediación, para facilitar el diálogo y exponer sus vivencias en la puesta en común. Para presentar la obra en sociedad. Para convertir aquella imagen atrevida en un relato oral sobre el ficus de siete años (¡enorme!): un ficus sentido, querido y cargado de recuerdos para

aquella mujer. Una promesa de vida a los ochenta y dos años (¡ahí es nada!).

Ana había cumplido con la propuesta, pero las exigencias de otras actividades (algunos tenían que acudir a las clases de gimnasia), nos hicieron posponer la puesta en común para otro día.

No sé. Quizá ya estaba todo dicho (dicho como lo dicen los pintores, con manchas de color y con líneas, y con los miedos y las dudas remontadas, y con los sentimientos mezclados, al unísono, con los colores de las ceras blandas). Quizá el tiempo del taller tendría que ampliarse en sucesivas sesiones.

Yo ya no estaré con ellos/as el jueves próximo, cuando el taller vuelva a reunirse de nuevo en la primera sala. Otra compañera asumirá el trabajo de expresión plástica (al fin y al cabo, mi misión consistía, simplemente, en iniciar o mostrar la forma de trabajo en el taller a las jóvenes compañeras que se iban a responsabilizar del resto de sesiones). Pero las vivencias de estas tres tardes, los recuerdos, las obras realizadas, y, sobre todo, la convivencia con este grupo de diez personas mayores, que luego fueron doce, ocuparán siempre un recuerdo muy agradable en mi currículum afectivo.

Yo sé que estas tres sesiones de expresión plástica, estas tres tardes que sirvieron para hacer una breve introducción a la pintura, nunca serán noticia en la primera página de un periódico. Ni abrirán un informativo en ninguna televisión. Nunca formarán parte de los grandes relatos del mundo del arte. Pero sin embargo, ellos/as y yo sabemos que lo que vivimos en esas horas (compartidas) fue muy hermoso.

Juan Mariano Balibrea.

